

La Danza Roja

Dedicado a todos aquellos que han soñado con oscuras noches sobre paramos helados y sobre todo para aquellos que conocen la amargura de tener puchos pero no un fuego con el que encenderlo

Eskol despertó en el modo habitual desde hacía 15 años, las migrañas le atravesaban el seso como si fueran clavos de hierro. Intento reconocer donde estaba. A través de las tablas de madera se podían ver los rayos de luz. Las brasas de un fuego ahora muerto chispeaban a su costado y con su tenue brillo alumbraban un cofre. Al menos había dormido en su casa.

Le pareció cómico el termino, a comparación de Valcara, el lugar en el que un Rojo como el debía estar, eso era un basurero. Llevaba viviendo 7 años bajo un muelle en la ciudad costera de Lyndon, aunque con el paso de los años, había logrado ponerle paredes e incluso una puerta. Para calentarse quemaba troncos en una esquina, con el respectivo cuidado para evitar incendiar el muelle. Aunque siendo realista, Eskol sabía que tarde o temprano, si no moría entre la nieve antes, lo acabaría haciendo.

Un dolor profundo lo consumió al recordar Valcara, no era un dolor físico, era el tipo de dolor que uno siente al saber que hay cosas que se pierden para siempre, cosas que marcan un antes y un después. Cosas como la esperanza de conocer un lugar que se supone, te corresponde.

Alguna vez había dicho que iría a Valcara, de hecho, se lo repetía cada noche, pero muy en el fondo, sabía que su sueño de llegar a ver la Gran Fortaleza de los Dioses había muerto junto a cierta dama.

Reviso el cofre donde guardaba sus pertenencias, entre los morteros y los polvos, quedaba una bota de Taniel, pensó que le sentaría bien un poco de alcohol para pasar la resaca.

Se llevo el recipiente de cuero a la boca, dio un sorbo, un sorbo nada más, pues tal era su miseria, que ni para ahogar sus penas le alcanzaba. Arrojo la vasija vacía al cofre.

Luego de una ardua lucha contra la resaca, consiguió juntar la fuerza de voluntad necesaria para salir de su pocilga. No le hizo falta vestirse, en Lyndon era costumbre no quitarse la ropa, es una de las cosas a las que obliga el frio.

La puerta de su refugio estaba en uno de los laterales del muelle. Al salir miro hacia su izquierda, donde el hielo del río comenzaba unos 10 metros mas abajo. 50 metros mas, y se podía ver el helado cauce.

Se dirijo a donde yacía encallada la Morana, un viejo barco de hierro, todo a su alrededor lo cubría el hielo como era habitual durante la época del Negro.

Una pequeña escalerilla bajaba desde el costado de la nave, desde la que subía y bajaba la

gente, pues la Morana era lo mas similar a una taberna que había en Lyndon, al menos durante el negro. Durante la blanca, cuando se descongelaban los ríos, navegaba por el rio hasta casi el baldío, donde las temperaturas son mas altas y la tierra mas fértil. Luego de la Morana, el mejor lugar para beber era el comedor de Otto, pero Eskol no iba ahí, era un mutuo acuerdo, ellos no lo querían a el y el no los quería a ellos.

Alrededor de la barcaza, niños de entre diez y quince años rompían el hielo con picos y mazas, abriendo paso para la futura expedición. Eskol trepo la escalerilla con esfuerzo mientras pensaba en que dentro de poco tendría que comprar bebidas en el comedor de Otto, donde el alcohol era caro, ademas, Otto era un canalla al igual que la mayoría de los Gnons.

Entro en la nave con paso pesado, el único tipo de pasos que los Rojos daban.

-**¿Donde esta Daiv?**- Pregunto Eskol, algunos de los niños en el interior al ver el Matador, se miraron entre ellos riendo suavemente y murmurando. Eskol los ignora, a lo largo de su vida, había pasado por cosas peores, aparte, probablemente era por su aspecto y por sus ropas mas que por su raza.

-**Buen día Eskol, creo que esta abajo, en la cocina**- Contesto el mas antiguo tripulante de la nave, ademas del capitán. Su nombre era Gustav y tenia ya 20 heladas a sus espaldas, a diferencia de todos los niños que alguna vez subían a la barcaza, Gustav decidió seguir viajando en ella hacia el norte, a las tierras cálidas. Según lo que le decía Daiv, el crio iba a ver a una muchacha color carbón.

Bajo por la escalerilla en una suerte de efecto automático, se sentía atontado, aunque claro, el nunca había sido muy listo.

Dentro de la cocina el olor de aceite quemado ahogaba a uno como si se hundiera en el agua, en agua caliente, cosa que el barbudo Eskol no había conocido en su vida.

El marinero se hallaba hurgando en las cajoneras, buscando quien sabe que.

-**¿Decidiste irte mas temprano este año, Daiv?**- La voz grave de Eskol retumbo en la pequeña sala y el viejo pego un salto, para luego romper en risas.

-**Afortunadamente no tendré que ver tu cara hasta que vuelva el negro, se me quedo vaciá la barca, así que a menos que quieras conversar, da la vuelta tu culo colorado**- Eskol hubiera matado a cualquiera que lo tratara así, menos a Daiv.

A lo largo de los 7 años que había vivido allí, el Matador y el Comerciante habían entablado una rara amistad comercial. Sustentada principalmente en que Eskol bebía casi gratis y Daiv no pagaba por los servicios del rojo. Incluso, Eskol lo consideraba uno de los pocos hombres que valían la pena en el mundo.

-¿Ni una gota?-

-Creo que tengo algo, pero no esta a la venta. ¿Qué tal tus asuntos? Anoche oí los truenos. Venite hasta mi pieza- Eskol siguió al hombre mientras se disponía a contarle acerca de su ultimo trabajo.

-Nada importante a decir verdad, un huargo llevaba un tiempo jodiendole los Yaks a unos granjeros de los altos, no va a joder mas.- Lyndon estaba ubicada en un valle entre las montañas y el rio, la gente que no tenia las chapas para tener un terreno en la zona cercana al rio, vivía en las alturas. Era un lugar bastante feo, pues los lobos y los yetis amenazaban seguido la zona, alimentándose de los yaks y cabras que no estaban bajo los cuidados adecuados, aunque contra los poco usuales lobos huargos y los mas raros aun yetis, es difícil definir que es adecuado.

Habitualmente, y a causa de su poco dinero, juntaban chapas entre varias familias y pagaban a un matador que se deshiciera de las bestias. También a causa de su miseria, trataban amablemente a la gente, sabiendo que poco podían juzgar. Por esa razón, Eskol a veces, si su bolsillo se lo permitía, no les cobraba, o cobraba muy poco.

-¿Era un huargo enserio? Hace mucho que no oigo de ellos- La mirada de Daiv, estaba llena de curiosidad.

-Estoy seguro, al menos me llegaba a la nariz, y era corpulento el bicho, lastima que estaba famélico, la tronadora lo tumbo de un golpe.- La voz del matador se mantenía inexpresiva, nunca en su vida se había frenado a pensar a que mataba, y que efectos producía aquello. El apuntaba su tronadora y luego recibía las chapas correspondientes.

-Pobre animal, algún día no va a haber más. ¿Que vas a matar entonces? -

-Mientras los hombres respiren, siempre va a haber algo a lo que matar, incluso aunque no sea una bestia. - El tono del matador seguía inexpresivo, como si aquella frase no tuviera una connotación negativa. De hecho, lo pronuncio como si no tuviera ninguna.

El marinero blanquecino un poco al oírlo, trago saliva y cambio de tema. **-Lo que te voy a mostrar Eskol, es un secreto de la familia, hace 4 generaciones, desde que llegamos a este rancho miado que es Lyndon, que tenemos esta cimarrón, la trajo mi bisabuelo, no se de donde la habrá sacado, pero solo tenia una caja con 6 botellas, hoy solo queda una, y la voy a abrir con vos.-** Daiv hablaba con orgullo, como quien esconde algo y esta por revelarlo, que de hecho, es lo que estaba haciendo.

Abrió una cajón de un mueble al lado de su cama y saco la botella. Esta tenia su superficie llena de garabatos extraños y la figura de un ciervo sin cuernos de color blanco. Dentro, el liquido se movía, como esperando quien lo tragara.

Eskol la recibió en silencio cual si fuera una tronadora y la observo con detenimiento. Levanto la boca apuntando a Daiv y pregunto **-¿Puedo?-**

El comerciante rio y dijo: **-Por algo te la di. ¿No?-**

Destapo la botella lentamente, mientras la miraba, haciendo girar la botella en vez de la tapa. Una vez acabada la tarea acercó el envase a su prominente nariz y olfateo el contenido. Miro a Daiv directo a los ojos, su mirada denotaba cierta desconfianza, era un reflejo natural para los rojos modernos como Eskol, el desconfiar de un gnon.

El matador se concienio de lo tonto que era al desconfiar de su amigo, echo una suave risa y dio un sorbo al liquido, reteniendo lo en la boca unos segundos antes de tragar.

-Es bueno ¿No?- Dijo el capitán mirando al rojo. En efecto, Eskol había quedado sorprendido por el sabor de la bebida. **-¿De donde lo saco tu abuelo?**

La superstición familiar dice que era un piantado, realmente, anda a saber de donde salio, llego acá un día a Lyndon con este barco y con estas botellas.- Dijo mientras señalaba las botellas. **-Desde entonces pasaron por mi padre y por el llegaron a mi, es la primera vez que abro una desde que el viejo falleció.**

Se hizo el silencio mientras ambos saboreaban la bebida, ambos pensaban en la muerte del padre de Daiv. El la había presenciado y Eskol había escuchado la historia.

Había ocurrido poco antes que Eskol llegara. La muerte del padre de Daiv fue parte de una larga historia, que implicaba a una banda salvajes que llego hasta Lyndon arrasando todo a su paso.

En el malon que representaba la historia, el asesinato del antiguo capitán de la Morana, estaba cerca del preludeo. La llegada de Eskol correspondia al final de esta. También significaba el inicio de la amistad entre el matador y el marinero.

-¿Que planeas hacer este año, Eskol? ¿Vas a ir a Valcara al final?- El tono de la pregunta de Daiv era casi inquisitivo, trataba de ocultar el hecho de que se preocupaba por el rojo, aunque la pregunta lo exponía completamente.

-Supongo que voy a esperar a la próxima blanca. Quiero terminar esta botella con vos.- Dijo el rojo antes de darle un sorbo a la cimarrón. **-Aparte, el pueblo me necesita durante el negro, los bichos aparecen mas seguido-**

-Hace 13 lunas que no se veía un Huargo. 7 blancas desde el ultimo Yeti. No digas huevadas. Aparte, no voy a volver. Este año vamos Gustav y yo nada mas. El se queda con la negra, yo voy a ver que hago allá, pero estoy muy viejo para andar en este cacharro, además de que cada vez tiene más fallas. ¿No querés venir conmigo?- El marinero deposito toda su esperanza en aquella pregunta, Eskol, toda su frustración en su

respuesta. **-Planeo irme a Valcara, vos lo sabes muy bien. Me ofende que me hagas semejante pregunta.** - Frunció el ceño y miro feo a Daiv, quien no planeaba desistir y arremetió con un comentario relleno de cinismo. **-Venís diciendo lo mismo hace 7 años, hace 7 años eras mas joven, hoy estas demasiado viejo para pelear, es un camino largo y duro. Vení conmigo, va a ser mejor para los dos.** -

-No sos quien para juzgar si puedo o no ir a donde quiera, te valoro como amigo Daiv, pero voy a ir a Valcara, ni vos ni nadie puede cambiar eso. -

-A que mierda querés ir a esas ruinas, ni siquiera sabes si existen, lo único que tanto vos como todo el mundo sabe es que se llega a contra compas. Suena más a cuento que a indicación. -

-Se que existe porque de ahí vino mi pueblo, se que existe porque aparece en mis sueños. Estoy completamente seguro de su existencia, mas que de la existencia de ese lugar cálido del que me hablas. -Acto seguido, el matador se levanto. Mientras salía, Daiv dijo: **-Si cambias de opinión, salimos mañana a primera hora.** - Se fue indiferente, adentro, Daiv se sirvió otro vaso de cimarrón.

Se dirigió hacia su casa, donde se arrojó y durmió hasta el anochecer de un tirón. Cuando despertó, su mente estaba clara y la poca luz que había le permitió salir sin problemas. No es que quisiera un trago, tampoco que lo necesitara, simplemente era un habito el beber durante la noche, aunque no deseaba ver a Daiv, además de que este estaba escaso de bebida.

No le quedo más opción que marchar hacia el bar de Otto, nido de Grones y putas.

Mientras caminaba por las calles de Lyndon, observo los carros impulsados a pistón, el olor a aceite quemado que inundaba las calles y un grupo de músicos cantando en una esquina, al rededor de un fuego. Se arrimo un poco hacia ellos en su pasada. Siempre le había dado vergüenza admitirlo, pero le hubiera encantado ser músico, el ritmo del tambor de uno de los pibes retumbaba, otro de los imberbes hacia ruidos que sonaban a resoplidos y el mas alto, un rubio con melena, cantaba, mezclando poesía, con frases entonadas en gutural, y otras que fluían con la música. El matador no habia escuchado mucha poesía en su vida, pero aquel fluir y rimar de palabras le recordaba en parte a aquellas que le leía su madre de pequeño.

Siguió caminando, silbando el ritmo del tambor, y con la mano izquierda retorciéndose un mechón de su barba, gesto que repetía de forma casi inquietante cuando se hallaba pensativo.

Llego así al bar, silbando y con ambas manos ocupadas, a mitad de camino había comenzado a acariciar una de las tronadoras. Otro de sus gestos inconscientes. Permaneció parado un tiempito frente al local, hasta que se percató que había llegado a su destino.

Entro de forma brusca, sus pasos hacían chillar al suelo de madera. Por cosas así era casi normal que la gente mirara a los rojos, por su contextura física y su naturaleza racial, eran los que llamaban la atención constantemente. Eskol era incluso mas llamativo. Los rojos, normalmente, llegaban como mucho a los hombros de un Gnon, Eskol, los igualaba, e incluso, pasaba a los mas bajos. El ancho normal de los rojos, de por si, hacia ver como palitos a las figuras estilizadas de un gnon, de hecho, algunos hacían la comparación entre los Gnons y los Thals como si de un ciervo y un cerdo se tratase, pues, Eskol era en esta, un jabalí.

Y luego, estaba el pelo. Los rojos, como su nombre lo indica, eran en su mayoría pelirrojos, tanto de barba como de pelo. Eskol tenia su pelo negro como la noche, resaltando aun mas sobre su piel pálida, que semejava la nieve, aunque esto no se notase, al estar esta constantemente cubierta de mugre.

Su mata de pelo, recortada descuidadamente, estaba completamente enmarañada, con mechones no mas largos que un par de falanges colgando a ambos lados del cráneo.

Para la clase alta de Lyndon, quienes pocas veces requerían de sus servicios, Eskol era una molestia a la vista, iba mas allá de la clase social, aunque esto influyera, sino que era algo meramente cultural. Que en una ciudad donde la gente dentro de todo, estaba civilizada, un hombre con la apariencia de Eskol se paseara entre los lugares que ellos frecuentaban era una molestia visual. Por lo que la mayoría de las veces miraban hacia otro lado, o lo ignoraban.

Pero había un grupo que le tenia una bronca privada. Los descendientes de aquellos que lucharon en la guerra contra el Imperio, le tenían un asco insano a todo rojo que se cruzaran. La figura prominente de ese grupo estaba sentada, en una de las esquinas del salón. Al verlo, Wallace Grom, dueño de la mayor flota pesquera del pueblo, puso cara de odio y miro a Eskol mientras completaba su trayectoria hasta la barra.

Se hizo el silencio, durante unos segundos, la gente murmuraba, y algún que otro infeliz despistado era sacudido de un hombro mientras su camarada lo informaba de la situación.

Eskol, a pesar de hacerse el desenterado, entendía muy bien que el había causado la situación. Realmente estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones en la gente. Cuando uno pertenece al grupo de gente equivocado, solo le queda o aprender a tolerar o morir en la calle.

-¿Que querés?- Le dijo Otto, el dueño del lugar. Mientras miraba unas botellas. Otto no tenia problemas en venderle alcohol, aunque no tuviera interés alguno en tratar de forma amable a Eskol, tampoco era que a este le importara mucho el trato.

-Cimarrón. - Cuando se sentó, en el banquito al frente de la barra, una de las tronadoras se dejo ver por debajo del poncho. Al verlo, Otto lo tomo del brazo con fuerza y le susurro,

calmadamente, que el no tenía problemas en venderle alcohol, siempre que pagara. Pero que si planeaba armar un quilombo ahí adentro, mejor se fuera lejos.

Eskol tomo el vaso recién servido, y mientras lo acercaba a la boca, asintió levemente.

Así paso la primera hora dentro del local, la gente hablando, y Eskol bebiendo, en silencio, hasta que una vieja conocida hizo presencia en la noche de Eskol. Lo de vieja era solo referido al tiempo desde el que se conocían, que tampoco era tanto. Martina abrazo a Eskol por la espalda, sus pálidos brazos contrastaban contra las negras ropas de este.

-¿Todo bien, Viejito?- La chica tenía unos 20 años, y era huérfana, no tenía un trabajo serio, vagaba por ahí haciendo changas, buscando ganarse el pan de cada día. Eskol la había conocido hace 5 años, siendo ella amiga de Daiv

Desde entonces la relación de ambos había sido raro. Eskol la quería, no sabía si la quería como si fuera su hija o como si fuera una pareja, aunque la relación estaba mas cerca de ser lo primero, ya que nunca había intentado nada con ella.

Muchas veces habían comido juntos y Eskol la conocía bastante bien, se podría decir que estaba un poco enamorado y sospechaba que quizá fuera correspondido. Lo que maravillaba al Matador era la inteligencia de la niña, radiante y desbordante. Quizá si sus padres no hubieran muerto en aquel incendio podría haber llegado lejos, pero ahora solo se manifestaba en sus comentarios y sus observaciones siempre acertadas.

Eskol había aprendido a pedirle consejo siempre que podía. Se alegro de verla aquella noche, bebieron juntos y se divertieron, hasta poco antes del amanecer, cuando Wallace se levanto y se acerco al Rojo, con una sonrisa de borracho molesto y comenzó a insultarlos.

-¿Que tenemos acá, un enano borracho y una puta huérfana? Hacen linda pareja ustedes dos, casi podríamos llamarlos la pareja del año.- Tomo las ropas de Eskol por la espalda y dio un tirón, tumbándolo en el suelo.

Le piso el pecho y se burlo mordazmente. **-Que bravos los Rojos, bizarros y gallardos como nadie, si no fuera por ellos, este mundo no tendría quien nos proteja.-** Entre las ropas, el hierro del matador brillo feroz con los primeros rayos del amanecer. **-Miren, ahí están sus grandes herramientas de trabajo, seguro es muy popular con la gente de los altos-** Aproximo su mano al arma, intentando tomarla. Eskol la aparto de un golpe y dijo con vos calma. **-Ni se te ocurra, andate y se termina acá-**

Vaya uno a saber si fue por el alcohol o por la exaltación del las risas del publico, pero Wallace saco lentamente el pie con el que pisaba a Eskol y lo utilizo para darle un puntapié en las costillas, e intento tomar de nuevo el fierro. Eskol fue mas rápido y un trueno paralizó el bar. El ruido de la lluvia lo siguió y en ese instante la tormenta se desato.

Se oyeron gritos en por todo el lugar, hablando de lo que planeaban hacer con los huevos del Matador y de lo que harían con el cuerpo muerto de la chica, Eskol se irguió con un arma en cada mano y cuando el primer hombre se levanto para intentar golpearlo, este lo volvió a sentar con un estallido.

-Corre pendeja- Dijo el pistolero a la chica mientras disparaba a mansalva, y mientras la madera del establecimiento se teñía de rojo.

Eskol se arrojó detrás de la barra y recargo luego de los 12 truenos, para ese entonces, sus manos se movían al límite de lo que el ojo humano puede captar y él ya no veía a lo que disparaba, por la mezcla de adrenalina y alcohol. Veía bultos y luego veía el relámpago en sus manos, le seguían gritos de dolor y más lluvia roja. Cuando recargo por segunda vez y la gente del local parecía ser menos una turba y más un montón de ratas escapando, Eskol volvió al centro del local, donde se realizaban danzas de vez en cuando y bailó por última vez en Lyndon, bailó a la luz del alba, mientras llovía y tronaba, bailó con la muerte y con la fuerza de su vida.

Un último trueno sacudió el cráneo de un marinero y el silencio invadió la zona, Eskol recuperó un poco la conciencia y pudo ver la masacre, hombres con cuchillos en el piso y mujeres con agujeros en el pecho. En una esquina un joven se sostenía la muñeca, donde debería haber una mano. Debería.

11 truenos contó, le quedaba una última bala, Apunto al chico con el fin de terminar su sufrimiento, después de todo, este mundo era demasiado duro para un manco, pero divisó una sombra entrando por la puerta, corriendo hacia él. Eskol se había dedicado a la matanza por más de cuarenta años, y sus músculos sabían muy bien lo que tenían que hacer, por desgracia los músculos no tienen ojos, solo memoria.

Eskol vio el rostro de alegría de Martina al verlo en pie, escuchó su grito de alegría, pero no escuchó el trueno ya no escuchaba nada, la vio caer lentamente, y antes de que estuviera en el piso, él ya la sostenía por la espalda. Su rostro seguía igual, alegre de ver al rojo.

Tosió sangre, Eskol pensó en lo mucho que se asemejaba a la sangre sobre la nieve, recordó que alguna vez le escribió un poema, donde comparaba sus pelos con la oscuridad de la noche y su piel con la blancura de los cerros, elogiaba la figura de su pecho, no muy empinado, pero del tamaño de su mano, más sería derrochar.

Pero no vio la figura que lo había enamorado, solo vio un hoyo, que supuraba sangre oscura a cada latido del corazón, cada vez más espaciados.

-Du...Due...Duele- Eskol se sentó y apoyó la cabeza de la chica en su pecho.

-Tranquila, no va a doler más, vamos a estar bien- Apoyó una mano en la herida pero la sangre escapaba de todas formas, el disparo había sido certero y si bien no había dado al

corazón, le había arrancado las arterias, haciendo que la vida de la muchacha se marchitara en cuestión de minutos. Eskol supo que hacer incluso antes de ser conciente de ello, la abrazo envolviendo su cuello, la abrazo con fuerza, y en unos instantes, el dolor de la chica había desaparecido. En realidad, la chica en su total había desaparecido, ahora solo quedaba un pedazo de carne agujereado, con una placida sonrisa en el rostro.

Eskol se levanto, tomo su bolso y se marchó hacia el barco de Daiv, al final si conocería las tierras cálidas.